

emancipacion de la humanidad, Maximiliano, como hombre y como poeta, dejó escrito su nombre en cada cuadro que describió, en cada corazon que supo apreciarlo. Las llanuras del mar, los bosques del Brasil no lo olvidarán jamás; mientras en el círculo de sus afecciones íntimas, quede solo su recuerdo, como la dolorosa manía de la desgraciada princesa, que durante tristes dias y largos años, ha esperado, y esperará en vano, en los desiertos salones de Miramar, la vuelta del compañero de sus sueños de gloria y de ambicion.

Ya no volverá al lado de la esposa, el esposo que duerme el sueño de la muerte en el último lecho en que reposan los Hapsburgo; pero su espíritu, hablando en este libro la lengua de Cervantes, como ha hablado ya la de Goethe, Moliere y Shakespeare, irá, con el habla de los hijos del Mediodía, á repetir á su oído los recuerdos de esa vida, que pasó en sus breves periodos, segun la expresion del Poeta del desierto, como pasan las aves, como pasan las nubes, como pasan las sombras.

*M. M. O. de Montellano.*

## MEMORIAS

DE

## MAXIMILIANO

RECUERDOS DE MI VIDA

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

TRADUCIDAS

POR

DON JOSÉ LINARES Y DON LUIS MENDEZ

IMPRESA DE I. ESCALANTE Y C<sup>IA</sup>, BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

TOMO SEGUNDO

MÉXICO

F. ESCALANTE, EDITOR.

1869

Esta obra no puede reimprimirse sin permiso de sus traductores.

# ARGELIA

## CAPÍTULO PRIMERO

### ARGEL

18 de Julio de 1852.

Ha llegado a ser Argel para los franceses un nombre mágico; cada dinastía lo inscribe en cabeza de sus manifiestos como una palabra propia para encantar ó para ofuscar al pueblo a que van dirigidos.

El aspecto exterior de la ciudad ha sido comparado al de una cantera en explotacion. Sus blancas casas escalonadas sobre el flanco de la montaña, la hacen parecerse mas bien a una antigua decoracion teatral pintada para un baile de corsarios, que, no sirviendo ya, se ha cubierto de telarañas. Vista desde el mar, de donde nuestros ojos la descubrieron en una hermosa mañana de estío, esta ciudad no tiene nada de bello ni de seductor: se presenta pelada y empolvada; pero de cualquiera manera que sea, es muy extraordinaria. Apénas se entra en el puerto, su conjunto aturde. Podria comparársela a un viejo moro de turbante y albornoz blanco, de cara digna cubierta de barba plateada y undosa. Por desgracia el pobre hombre se ha vuelto loco: la juventud, sin fe y sin respeto, le ha hecho ponerse un pantalon de cuadros y botas charoladas, y le enseña a bailar la polka para divertirse con sus contorsiones, su pavor y el sudor que cubre su rostro. ¡Ella ríe; pero si el anciano hace bailando una mueca algo feroz, al punto los burles experimentan interiormente mortal terror!

La parte alta de la ciudad, de forma piramidal, es antigua y morisca en todo. Mas en la orilla del mar, se ha fundado un pequeño París con maravillosa rapidez. Sin embargo, como nada en este mundo puede hacerse de un golpe, el conjunto claudica por todas partes. Largas y anchas calles están desfiguradas por algunas monstruosas casas de alquiler que descansan sobre portales. Cuando se comparan estas vías con las calles estrechas, llenas de sombra, construidas por los mahometanos, gime uno por el calor intolerable, el polvo sufocante y las penosas ascensiones a que se le condena en la ciudad nueva.

Choca encontrar al lado de los mas elegantes almacenes de chucherías y de todo su lujo de fantasía, sucias tiendas de planchas, en las que se ven amontonados a los ennegrecidos hijos de África. Hay calesas y ómnibus como en los Campos Eliseos, con la diferencia, sin embargo, de que los lugares que dan el tono, se llaman aquí el *Akbahr*, en vez de *Boulevard de los italianos*, el *Marabout*, en vez del *Bosque de Boulogne*. Encuéntanse camellos que rumian cubiertos todavía con la arena del desierto, en aquellas calles que se abren con pompa y terminan en montes y valles. Largas caravanas traen al centro del mundo elegante y de las modas parisienses los frutos madurados por el sol tropical del Atlas.

No es ménos mezclada la poblacion: las hermosas señoras de los Campos Eliseos, con sus perfumados guantes color de rosa, las *loretas* y las versátiles *grisetas*; las *verduleras* (dames de la Halle) con sus papalinas *à la mère Gogo*,<sup>1</sup> codean a la mujer mora que arrastra sus pantuflos, envuelta como un cadáver: a la rica judía ataviada de oro, pintada de colores chillones, con su puntiagudo gorro cargado de velos caídos por detrás de la cabeza, y aun a la desvergonzada bailarina mora, de cara prematuramente marchita, y de inanimadas facciones. El pilluelo de blusa azul hace migas con el hijo guiñaposo de los negros de Tombuctú.

Forma el centro del nuevo Argel y de su desarrollo, una plaza que dista mucho de estar a nivel: elévase en ella la estatua ecuestre en bronce del duque de Orleans, la que me parece ser de exagerada elegancia. Amontónanse en una plaza vecina y mas pe-

<sup>1</sup> En frances, en el texto aleman.

queña, el palacio del Gobernador, la mezquita-catedral y el bazar de Orleans. Para dirigirse de allí al muelle del puerto, debe pasarse por un ribazo resbaladizo de que se avergonzaria el mas ínfimo pueblo de pescadores.

El polvo del desierto y los juguetes de salon; la naturaleza primitiva y la extrema civilizacion; los perfumes y los olores fétidos, todo fermenta aquí y aspira a un acrecentamiento enérgico. La entrada del puerto es una obra de mediana anchura: este puerto solo está completamente abrigado por un lado; pero debe reconocerse que es un trabajo de romanos. Es todo artificial, y sin embargo, puede dar asilo entre sus brazos de hormigon a veinticinco navíos de línea. Para construirlo, se vaciaron enormes trozos en cajones de madera; estos trozos eran sumergidos en el mar por medio de *steamers*, hechos a propósito, y sirvieron de cimientos a un dique construido con sorprendente rapidez, contra el cual se rompen hoy las olas. El mar ha devorado millones, pero la Francia posee un buen puerto en la costa africana.

En aquel momento habia en él muchos grandes buques de vapor empleados por primera vez en aquel año como ensayo por la marina francesa para hacer el servicio, *express*, a Marsella en cuarenta y ocho horas. El considerable número de buques mercantes prueba la prosperidad del comercio de Argel. Una miniatura de corbeta daba el servicio de guardia, y ella fué la que nos saludó al entrar al puerto.

Visitamos desde luego la ciudad, que bajo dos aspectos me interesaba muy particularmente: primero, porque forma parte de un país, la Francia, que desgraciadamente solo conozco por descripciones, y despues, porque está situada en África que es continente del todo nuevo para mí, supuesto que apenas puedo contar una corta visita que hice a Tánger.

Hay una especie de lujo esencialmente frances, que consiste en artículos de fantasía. Esto fué lo primero que hirió mi vista. Paradas dispuestas con gusto, ocupan una larga série de almacenes establecidos bajo los portales de las casas. Encuéntrese en ellas desde las mas hermosas obras de platería, en las que se conoce ya el genio morisco, hasta las golosinas mas refinadas: almacenes de perfumería, tabaquerías, depósitos de objetos de arte, peletería,

sillería, establecimientos de peluqueros, de librerías, de traficantes en antigüedades . . . todas las exigencias de la vida moderna se ostentan en la parte baja de la ciudad berberisca, y se despliegan en brillantes espalderas que alucinan.

Muestras gingatescas pintadas en las paredes manifiestan también el talento que tienen los franceses para engatusar a los papanatas con palabras sonoras y frases de efecto, y para atraerse al comprador con las seducciones del anuncio.

El calor era verdaderamente africano. Subimos penosamente la pendiente de que he hablado, pasamos delante de una mezquita y llegamos a la plaza en que se levanta el monumento consagrado al duque de Orleans.

La estatua ecuestre es graciosa, elegante; pero carece de grandeza y nada tiene de imponente. Solo vi en ella a un bonito joven, de fisonomía moderna, con el tricornio puesto de lado sobre su pelo rizado. De espada en mano, y montado en muy animoso corcel árabe, parece estar en la parada. Dos bajorelieves que adornan el pedestal de la estatua, representan las hazañas del duque; pero desgraciadamente éste lleva el horrible uniforme frances del siglo diez y nueve. Lo mejor de todo es el caballo de piernas finas y formas elegantes. A lo sumo, el monumento reducido a pequeña estatua, haría un bonito efecto en un retrete de señora.

Nos dirigimos a la catedral para oír la misa dominical. La mezquita principal ha sido convertida en iglesia, lo que naturalmente nos pareció bastante raro. Malamente se aunarian los minaretes y las campanas, los arcos de herradura y las cajas de órganos, la cruz y los arabescos. Además, el edificio en sí mismo no es bello: a lo que parece fué al principio de sencilla y desnuda arquitectura morisca, y después se ha ingertado en él una decoración desprovista de estilo y de gusto. La catedral-mezquita (me gusta llamarla así) no tiene, pues, nada que pueda edificar ó dar reposo a un corazón cristiano: añadid a esto el alquiler de las sillas, las idas y venidas de los que las transportan, y el servicio de policía hecho por un *suiizo* de porte gigantesco, de librea verde con un sombrero monstruo, una barba que dá miedo, y un verdadero garrote.

Iba a empezar la misa mayor: alquilé una silla en un sueldo, y consideré, confieso que sin ningún sentimiento piadoso, la escena

nueva que se ofrecía a mi vista. Los sacerdotes, que usan toda barba larga, se adelantaron en procesion solemne con paso medido y lento. A su cabeza marchaba un bedel de mediana edad, vestido de seda de colores, y un solideo en la cabeza. Un gran número de niños, con las sobrepellices semejantes a las de los cardenales, hacían durante el oficio toda clase de evoluciones prescritas a la señal de una palmada: maniobraban a compás como una compañía de soldados, con precision a la vez desagradable y risible. Empezó la misa, y con ella una armonía celestial compuesta de órgano pequeño, de violoncelo y de contrabajo: un concierto en regla y verdaderamente notable. A poco entró una procesion de niños llevando unas parihuelas con panes, imágen del Arca de la alianza de los israelitas. Los panes fueron bendecidos, y después distribuidos en pedacitos a la muchedumbre, que se portaba en esta distribución con muy poca decencia y cierta codicia. Al mismo tiempo, apuestos caballeros de guantes lustrosos, pasaban a la redonda por la reunion, cajitas para la limosna. Todo ello se hacía con ostentacion capaz de disgustar al espectador que no estuviera acostumbrado. Solo la música producía una impresion edificante y seria, digna de ser imitada.

Encierra la iglesia un cierto número de confesonarios con inscripciones que dan a conocer el nombre y la nacion del confesor: ví entre ellos el nombre de un compatriota. Por lo demás, el elemento alsaciano, y por lo tanto alemán, es importante en Argel: oíamos a cada paso hablar en las calles nuestra lengua materna. ¿En dónde, pues, no hallaremos al alemán? ¡Se separa tan fácilmente de su país! Mas debemos regocijarnos cuando en tierra extraña podemos todavía hablar el idioma nacional.

Como al aldeano de Kotzebue, me admiró el oír aquí el frances en boca de los niños y de las gentes del pueblo. Nosotros no conocemos esta lengua sino como lengua de salón. Sin embargo, en Viena desaparecerá más y más: la corte habla de preferencia alemán, pues el emperador, a Dios gracias, no habla frances por un legítimo sentimiento de dignidad patriótica. Y no obstante, ¡con qué facilidad se deslizan de nuestros labios y bajo nuestra pluma las expresiones francesas!

Muy inmediato a esta mezquita-catedral, que está por concluir,

a pesar de que su solidez se ve amenazada ya por una gran cuarteadura, se halla el bazar de Orleans. Es este una de esas calles cubiertas, rodeadas de almacenes como los que se ven en la opulenta Esmirna, y tan numerosos, que podrian formar una sola ciudad. El de Argel encierra un surtido interesante de mercancías orientales: armas ricamente adamascadas: bonitos albornoces blancos y oscuros, vestidos poéticos y pintorescos que son la honra del África: frascos de plata, de donde los moros hacen correr de gota en gota la esencia de rosa: telas de seda recamadas de oro, y pequeños pantuflos del haren: cofrecitos y asientos incrustados de nácar: turbantes, muebles destinados para los salvajes kabilos, vidriados y obras de latón de Tánger: magníficas alfombras y suaves cojines bordados en seda para guarnecer los divanes: brazaletes y collares de oro, de plata y de coral: *pastillas del serrallo* para los voluptuosos bajáes: abanicos de fina paja para los beduinos: plumas de avestruz, huevos del mismo animal preciosamente engastados, que llevan trazados con colores artículos del Corán; en una palabra, mil y mil objetos para satisfacer el gusto de magnificencia y de lujo de las ciudades, ó que deben su origen misterioso y poético a las profundidades del desierto, al interior desconocido del continente abrasador del Africa.

Nos burlamos nosotros de los salvajes, tan dichosos con nuestras bujerías y nuestros espejos; pero codiciamos las curiosidades extranjeras, y adornamos nuestros salones con los mamarrachos de la China y nuestros gabinetes de estudio con fruslerías que sacamos del desierto. ¿Qué es lo que nos inspira este gusto, sino el misterioso atractivo del cambio, tan poderoso en nuestra especie ávida de saber? Pasé horas muy divertidas en medio de aquellos objetos, y llevé gran número de ellos a bordo para decorar mi villa de Trieste. La parte de la ciudad interesantísima y muy original, es la construida en la altura; tiene un tinte completamente morisco; la recorrimos todo el tiempo que nos lo permitió el terrible calor del mes de Julio, y en premio de nuestras fatigas y de nuestro sudor recogimos una colección de tipos muy curiosa. Las calles, si podemos llamar así a los caminos en zigzag que se cruzan por montes y por valles, son frecuentemente tan estrechas que apenas dan paso a dos personas de frente. Están llenas

de inmundicias y de aquel olor particular al mundo oriental ó mahometano, que el viajero encuentra con cierto goce secreto en Dalmacia, en Grecia, en el Asia menor y en el África, por doquiera respira la palmera ó florece el mirto. La mayor parte de estas calles, gracias a su poco ancho y a los saledizos que forman los primeros pisos de las casas apoyados en contrafuertes, están envueltas en una sombra eterna y al ménos conservan en su oscuridad algun fresco. Al mismo tiempo se goza en ellas de aquellos efectos tan pintorescos, tan fantásticos que produce la trabazon de las casas: son como decoraciones en donde balcones carcomidos, paredes que se desploman y techos ruinosos, componen un cuadro simbólico de este Oriente desaseado, perezoso, cuyos restos tienen un aspecto tan seductor para el pintor, cuya expresion es la del reposo enérgico y del tenaz fatalismo. Conforme a las costumbres celosas de los musulmanes, las casas no comunican con estas callejuelas estrechísimas, sino por puertas traseras: apenas se ve en ellas una que otra ventana. Por esas puertas misteriosas es por donde las mujeres, cuya vida se oculta detrás de las paredes y bajo los velos, se aventuran a salir para hacer sus compras en el Bazar ó para ir a tomar el *keff* a los cafés.

Tres clases de figuras humanas se muestran en aquellos sombríos desfiladeros formados por las casas. Las primeras, envueltas en blancas mantas que no dejan ver mas que un ojo, se deslizan por los entrecruzamientos de los caminos, y semejantes a fantasmas rápidas é inestables, se desvanecen sin dejar traza detrás de una de aquellas puertas carcomidas, ó en el rincon de una de aquellas habitaciones misteriosas. El extranjero permanece indeciso cuando se le aparece uno de estos seres velados: son las mujeres moras.

Otros personajes caminan con paso solemne y con aire de nobleza y dignidad. Llevan alto turbante, barba fina y lustrosa; su tez es de extraordinaria blancura; visten delicado albornoz, chaquetilla ricamente bordada; ancho pantalon que descende hasta las rodillas y elegantes pantuflos de cuero; tienen una apariencia de opulencia y de fiereza. Son los nobles descendientes de los moros, de los antiguos señores de Granada y de Palermo; es la posteridad siempre hermosa de aquella raza poética que en el siglo XIV tenia el cetro de la ciencia y del arte.

La tercera especie de figuras pertenece a la clase inferior: es el pueblo de los trabajadores, de miembros atléticos y bronceados por el sol, que llevan el traje oriental hecho harapos. En su número debe contarse a los esclavos negros, que en aquel momento estaban todos de fiesta: era el fin de la época tan penosa del Ramazan. Véaseles por lo tanto, a manera de las bacantes, manifestar su alegría en danzas salvajes acompañadas de los platillos y del tamborin. Los extraños gritos de los negros danzantes se oían desde léjos en las calles: parecía que el frenesí se había apoderado de sus espíritus exaltados por un largo ayuno; el cobre resonaba sin tregua ni medida. Las mujeres negras tienen un aspecto particularísimo y repugnante por su fealdad bestial: casi todas son de una estatura gigantesca; usan vestidos azulados y anillos en los brazos y en los piés. Sus caras son anchas, monstruosas, semejantes a las cabezas de los camellos, y comunmente pintadas; sus enormes papadas contribuyen a darles singularmente una fisonomía repulsiva.

Nótase también en las calles tortuosas de la ciudad morisca una sorprendente multitud de muchachos que, vestidos de trajes orientales con colores vivísimos, juegan en la basura y el polvo. Entre ellos fácil es distinguir a los niños judíos, a quienes desde su nacimiento les tiñen las uñas y los cabellos con la esencia de *henna*: en general los visten con lujo. Las judías se reconocen en sus peinados puntiagudos echados hacia atrás, sus vestidos de colores y sus cadenas de oro. Tienen una gran reputación de belleza. A mi ver tratan demasiado de dar a sus nobles facciones semíticas (que me parecen además un poco exageradas) una expresión picante, pintándose con colores chillones las cejas y el rabo del ojo; se dan de esta manera un aire astuto y relajado que es bastante repelente. Mujeres moras muy poco veladas, de cabeza envuelta en pañuelos de vivos colores, de corpiños formados de telas notablemente transparentes, tratan de disputar la palma a sus hermanas las ligeras hijas de París.

El calor que pesaba sobre la ciudad hacia evaporar con el pensamiento toda libertad de moverse. Arrojadados por este enemigo despiadado tuvimos que regresar a bordo.

Poco después Mr. Randon, gobernador general, con su estado

mayor, y el Prefecto civil Mr. de Mercy, llegaron a hacerme su visita.

19 de Julio de 1852.

El gobernador general habita el palacio de familia del antiguo dey. Este edificio no es muy grande. Visto por fuera es una muestra del estilo morisco-veneciano; por dentro es enteramente morisco. Ventanas ojivales, con pequeños balcones, decoran la fachada, y recuerdan la arquitectura elegante y póstica del inimitable *Canal grande*. El patio de columnas ligeras como el aire, que dá entrada a los diversos departamentos del palacio, recuerda sin igualarlo el maravilloso alcázar de Sevilla. La fastuosidad francesa ha pintado y dorado las columnas, y en él, como en todas partes, se encuentran la Europa y el África formando los contrastes más singulares: innumerables luces de gas alumbran este centro del palacio morisco. En las fiestas suntuosas, como las que se daban cuando mi primo de Aumale gobernaba la Argelia en calidad de virey, estas galerías, brillantemente iluminadas, pudieron ofrecer hermoso golpe de vista cuando al compás de una música melodiosa la elegancia parisiense se arremolinaba en ellas confundida con los esplendores de la Argelia.

La sala de recibir reúne los dos elementos heterogéneos de un modo ingenioso y sensato. Arañas de bronce y de cristal penden de un rico techo de madera esculpida pintado de diferentes colores: adúñase así el lujo de los salones parisienses al de los palacios orientales. Los muros adornados como los de la Alhambra, con ladrillos barnizados cargados de arabescos, sostienen las inmensas lunas que salen de las fábricas de Lyon: en fin, un ajuar cómodo y lujoso proporciona a los convidados asientos a la europea.

El gobernador en aquel momento estaba en el campo en el *Marabout*, residencia de verano de los ricos de Argel. A él nos dirigimos para devolverle su visita. El *Marabout* está situado al pié de una cadena de colinas, que descende hácia el mar, a la izquierda de Argel, en medio de frescos bosquecillos de árboles y arbustos. Se vá a él por un camino excelente, en el que se encuentran ómnibus cargados de hombres de blusa, moros, judíos y